

creyente para con su Dios, sentimiento que aviva y aumenta el amor, porque lo complica con la admiración y la gratitud.

Tales reflexiones ocuparon el ánimo de Nicolás durante el camino de Cuautla á Yautepec, que recorrió impaciente y á todo el galope de su caballo atravesando el bosque de catzahuates y las haciendas de Cocoyoc, de Calderón y de San Carlos, que bordan aquella llanura pintoresca. Por fin pasó el río, atravesó las callejuelas, palpitándole el corazón, y se apeó en la puerta de la casa de doña Antonia. ¿Qué noticias iba á recibir?



XVI

Amor puro

Obscurecía ya cuando Nicolás penetró en las piezas de la casa de doña Antonia. Al ruido de sus pasos, una mujer se adelantó á su encuentro, y apenas le reconoció, á la débil luz crepuscular que aun permitía distinguir los objetos, cuando se echó en sus brazos sollozando.

Era Pilar.

Nicolás, al sentir contra su seno aquella mujer, hoy intensamente amada, sintió como un vértigo de pasión y de placer. Era la primera vez de su vida que conocía tamaña felicidad, él, que hasta ahí sólo había podido saborear los amargos dejos del desengaño; él, que siempre desamado, se habría considerado feliz con

una mirada sola de simpatía, ahora recibía á torrentes, en una explosión amorosa, toda aquella dicha que antes no se hubiera atrevido siquiera á soñar.

Y ella estaba allí, la bellísima joven, que había ocupado su pensamiento en aquellos días de prisión y en aquellas noches de insomnio; y sentía sus hermosos brazos de virgen enlazar su cuello, y palpar su corazón enamorado junto á aquel corazón que ya no latía sino para ella, y sentía sus lágrimas humedecer sus manos y su aliento bañar como un dulce aroma su semblante. Nicolás no podía hablar. Era presa de una emoción avasalladora y que paralizaba sus facultades.

Por fin, después de haber estrechado á la joven con un arrebato amoroso más significativo que diez declaraciones, la dijo, besándola en la frente:

—Pilar mía; ahora sí, ya nada ni nadie nos separará. Lo que siento es no haber conocido antes dónde estaba mi dicha; pero, en fin, bendigo hasta los peligros que acabo de pasar, puesto que por ellos he podido encontrarla.

Pilar, como toda mujer, y aunque rebosando amor y felicidad, no pudo substraerse á un vago sentimiento de temor y de recelo. No estaba todavía bastante segura de que en el corazón de Nicolás hubiese desaparecido completamente aquel antiguo amor de Manuela, quizás exacerbado aún por todo lo que acababa de pasar. Así es que, fijando los ojos con

timidez en los del herrero, se atrevió á preguntarle, con un acento en que se traslucía el miedo de perder aquella dicha suprema:

—¿Pero es cierto, Nicolás? ¿me quiere usted como á Manuela?

—¿Como á Manuela?—interrumpió Nicolás, con vehemencia.—¡Oh, Pilar! no me haga usted esa pregunta, que me lastima. ¿Cómo puede usted comparar el amor que hoy le manifiesto, y que siento, con el afecto que tuve á aquella desgraciada? Aquél fué un sentimiento de que hoy tengo vergüenza. Ni sé cómo pude engañarme tan miserablemente ni alcanzo á explicar á usted lo que me pasaba. Quizás sus desaires, su frialdad, me exaltaban y me hacían obstinarme; pero si he de decir á usted la verdad de lo que sentía, cuando á mis solas, y lejos de aquí, me ponía á reflexionar, examinando el estado de mi corazón, le confieso que aquello no era amor, no era este cariño puro y apasionado que usted me hace sentir ahora, sino como una enfermedad de la que yo quería librarme, y como un capricho en que estaba interesado mi amor propio, pero no mi felicidad. Pero todavía quiero decir á usted, aun cuando no lo crea, que ya en los últimos días este capricho no existía, ese afecto había desaparecido; Manuela no me producía ya la impresión que al principio, y si no hubiera sido porque la señora se había empeñado en convencerla de que debía casarse conmigo, y me

había hecho entender que al fin lo lograría, que no perdiera yo la esperanza y que contara con su apoyo, francamente, quizás habría yo acabado por aborrecer á Manuela, ó al menos por olvidarla, y habría dejado de venir á esta casa.

—Pero, ¿y mi madrina?... ¿y yo?... ¿No pensaba usted en nosotras?—preguntóle Pilar, en tono de queja.

—¡Ah, sí!—replicó Nicolás,—la señora, la pobrecita señora era digna de todo mi cariño... En cuanto á usted, Pilar, ¿debo decirlo? ni me atreví á soñar siquiera en ser amado por usted; ya había comprendido cuán dichoso sería el hombre amado por usted; ya había levantado hasta usted mis ojos llenos de esperanza, pero los había vuelto á bajar con tristeza, pensando en que usted tampoco había de quererme. Me parecía usted más alta que Manuela para mí. Y luego, pensar en usted, decirle á usted algo, después de los desaires de Manuela, sufridos en presencia de usted, me parecía indigno. ¡Si hubiera yo adivinado!... Conque ya ve usted que no ahora, mucho antes, aquel afecto para Manuela había acabado. ¿Duda usted todavía? ¿Cree usted que el amor que le tengo, y que ha crecido por años en tan pocos días, se parezca al sentimiento que abrigué por esa infeliz, y que se ha convertido ahora en un desprecio espantoso?...

—Ya no dudo, Nicolás, ya no dudo,—dijo la

joven, estrechando las manos del herrero entre las suyas.—Y aunque dudara,—añadió suspirando,—mi felicidad consiste en este amor que siento por usted hace mucho tiempo, que he guardado en el fondo de mi corazón, sin esperanza entonces, aumentado cada día por el dolor y los celos, y que sólo ha podido revelarse en el momento en que corría usted peligro y en que yo estaba próxima á perder el juicio. Yo no podía esperar que usted me amase. Al contrario, estaba segura de que usted amaba á Manuela más que nunca, quizás porque la había perdido para siempre; pero no fui dueña de mí, no pude contenerme, no dí oídos más que á mi corazón.

—Pero, niña,—dijo Nicolás, en tono de reconvencción,—usted me juzgó mal, quizás porque no conocía bien mi carácter. Para amar todavía á Manuela, á pesar de lo que había hecho, se necesitaba en primer lugar haberla amado de veras, y acabo de decir á usted que no era así, y después se necesitaba ser un hombre vulgar, y yo, aunque humilde, aunque obrero rudo, aunque indio sin educación, y sin otros ejemplos, puedo asegurar á usted que no soy vulgar, que me siento incapaz de estimar un objeto indigno, y que para mí la estimación es precisamente la base del amor. ¿Yo había de seguir queriendo á una perdida que se dejaba robar por un asesino y un ladrón? ¡Imposible, imposible! De padres á hijos, en mi familia india, nos hemos trans-

mitido las ideas de honradez altiva que tantas veces me han echado aquí en cara, como un defecto, y que me han granjeado algunos enemigos. Nosotros hemos sido pobres, muy pobres, pero alguna vez yo contaré á usted cómo mis antepasados, en sus montañas salvajes, en sus cabañas humildísimas han sabido, sin embargo, conservar siempre su carácter limpio de toda mancha de humillación ó de bajeza. Han preferido morir á degradarse, y eso no por vanidad, ni por conservar una herencia de honor, sino porque tal es nuestra naturaleza. La altivez en nosotros es parte de nuestro ser. Así, pues, figúrese usted si yo pudiera haber sentido por Manuela, después de lo que ha hecho, otro sentimiento que el de una compasión despreciativa. Hacer otra cosa hubiera sido una degradación... ¿Está usted convencida?

—Sí, Nicolás,—dijo apresuradamente la joven,—perdóneme usted; pero á pesar de que conocía su carácter, mi cariño, mi pobre cariño, nacido en medio de los celos, me hacía ciega y desconfiada... ¡No me guarde usted rencor!...

—No, lo que le guardo á usted, buena y hermosa niña, es un amor santo y eterno... ¿quiere usted ser mi esposa, luego?...

—¡Oh! — dijo llorando Pilar, — será mi felicidad; pero hemos hablado largamente, nos hemos extraviado, hemos olvidado el mundo, Nicolás, y estamos hablando cerca de una moribunda... mi madrina...

—¡Oh sí, la señora!...

—Mi madrina se muere,—exclamó Pilar con abatimiento;—hace dos días que no toma alimento ninguno, su debilidad es muy grande, la fiebre violenta, y todos dicen que no tiene remedio.

Nicolás, al saber esta noticia, inclinó la cabeza lleno de pesadumbre.





XVII

La agonía

En efecto, los dos jóvenes, en su éxtasis amoroso, habían olvidado un momento á la pobre doña Antonia, que yacía moribunda en la pieza cercana. Hemos dicho que desde el día siguiente á la fuga de su hija, conmovida por la terrible crisis que había sufrido, más que causa de la humedad á que había estado expuesta durante muchas horas, la desdichada anciana había caído en cama, atacada de una fiebre cerebral.

Inútiles habían sido los cuidados que se le habían prodigado por las personas caritativas y amigas que la asistían, particularmente por Pilar, que como una hija amorosa no se había separado un instante de su lado. La experiencia de aquellas buenas gentes, á

falta de médico, y todos sus esfuerzos, se habían estrellado contra la gravedad del mal. La señora se moría, y Nicolás llegaba precisamente en los momentos en que la agonía tocaba á su término. Nicolás, profundamente consternado, penetró en la estancia de la enferma, débilmente alumbrada, y en la que fué saludado afectuosamente por las pocas personas que allí había.

Pilar, que le había precedido, se acercó al lecho de su madrina, y llamándola varias veces, la dijo que Nicolás estaba cerca de ella y que deseaba hablarla. La anciana, como si despertara de un profundo letargo, procurando reunir las pocas fuerzas que la quedaban, levantó la cabeza, se fijó en el herrero, que le alargaba las manos cariñosamente, y entonces, reconociéndole, lanzó un débil grito, tomó aquellas manos entre las suyas, las besó repetidas veces, murmurando: «¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡hijo mío!» y luego cayó desplomada, como si aquel esfuerzo supremo hubiera agotado su existencia. Nicolás se inclinó al borde de aquel lecho de muerte, y allí, ese hombre de hierro á quien no habían logrado abatir ni las desgracias ni los peligros, se puso á llorar amargamente, afligido ante tamaña desdicha y maldiciendo al destino que tales injusticias comete.

Doña Antonia aun vivió algunas horas; pero la agonía había sido demasiado prolongada, la vida se había extinguido bajo el peso de tantos sufrimientos,

y antes de concluir la noche, aquella anciana virtuosa é infortunada exhaló el último suspiro en los brazos de su ahijada Pilar y junto al hombre á quien había amado como á un hijo.

El dolor de la pobre niña fué inmenso. Acostumbrada desde su juventud á ver en doña Antonia á una segunda madre, á quien amaba, además, por su bondadoso carácter y por sus altas y sólidas virtudes, Pilar la era adicta sinceramente, y considerándola ahora abandonada por su hija, con el desinterés y la abnegación que son propios de las almas inteligentes y generosas, su adhesión y su amor se habían convertido en pasión filial. Así es que sus cuidados, durante la enfermedad de la anciana, habían sido exquisitos, y las vigiliias y la inquietud sufridas se revelaban en su bello semblante, pálido y demacrado.

La muerte de su madrina, por esperada que hubiese sido, le produjo un abatimiento indecible, y si, afortunadamente para ella, el amor de Nicolás confesado ya de una manera tan firme y tan resuelta, no hubiera venido á consolarla y fortalecerla, como un rayo de sol, seguramente el alma de la buena y sensible joven habría visto el mundo como una noche sombría y pavorosa. Pero Nicolás estaba allí, su amado, su esposo futuro. El cielo se lo enviaba justamente en los instantes de mayor amargura para ella, huérfana infeliz, sin patrimonio, sin más apoyo que dos tíos ancianos, y en medio de aquella situa-

ción llena de peligros para todos. Entonces consideró al joven, no sólo como al elegido de su corazón, sino como á su salvador, á su Providencia, y fuertemente conmovida por aquel cambio súbito de su suerte, por aquel socorro inesperado que parecía enviarle Dios, como para recompensarla de sus aficciones y tristezas, la joven, dando tregua á sus sollozos, cayó de rodillas y oró fervorosamente, con un sentimiento en que se mezclaban el dolor y la gratitud al mismo tiempo.

Sacóla de su arrobamiento la voz de Nicolás, que le dijo con ternura y con gravedad religiosa, extendiendo la mano hacia el cadáver de la anciana:

—Pilar, yo le juro á usted sobre ese cadáver que seré su esposo, y que no esperaré para realizar mi promesa más que el tiempo del luto. Es usted un ángel que yo no merezco.

Pilar se echó en sus brazos llorando; los circunstantes, conmovidos ante aquella escena, procuraron también consolar á la joven, y Nicolás salió inmediatamente para preparar los funerales de doña Antonia. Como la anciana poseía algunos intereses, era preciso asegurarlos, puesto que no había dejado testamento, y que la hija única que tenía había abandonado la casa materna.

Desde luego las autoridades locales quisieron disponer que se vendiesen la casa y la huerta para atender á los gastos precisos; pero Nicolás se opuso á ello, ofreciendo hacer los gastos por su cuenta,

como un homenaje á la memoria de su virtuosa amiga. Rehusó también encargarse del cuidado y administración de aquellos pocos bienes, que las autoridades le confiaban, alegando razones de delicadeza bien comprensibles en su situación; de modo que aquel modesto patrimonio fué ocupado legalmente, pero sin la intervención del honrado herrero.

Sepultada la señora, á cuyo entierro concurren todas las personas que habían estimado sus virtudes, todo volvió á la vida normal, es decir, á aquella vida llena de zozobras y de peligros que hemos descrito. Nicolás se fué á su herrería de Atlihuayan, más querido aún por sus patronos, á causa de su noble conducta; Pilar volvió á la humildísima casa de sus tíos, que se convirtió para ella en un edén, porque su esposo futuro, esperando la fecha señalada, la visitaba todas las tardes, como lo hacía en otro tiempo en casa de Manuela.

¿Y ésta? Veamos lo que le pasaba.

